

E. TROELTSCH: *El Protestantismo y el Mundo Moderno*. Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

Desea Troeltsch señalar los rasgos esenciales del mundo moderno y la influencia por él recibida desde las formaciones religiosas. Se da cuenta del peligro de ciertas palabras como cultura, mundo, progreso, evolución, hombre moderno, bajo cuyos presuntuosos significados se oculta, a veces, el sentido real, cuando no la ignorancia ante los hechos históricos; ello, sin embargo, no lo despoja de su derecho a interpretar acontecimientos desde un ángulo filosófico y por tanto con ideas propias, diversas a las utilizadas por el especialista cuando delimita y relaciona sucesos, como que unos y otros buscan algo diverso en la realidad.

Troeltsch es consciente de su punto de vista y frente a los historiadores, mantiene la necesidad para el hombre y sobre todo, para el conocimiento de su presente, de ir a los sucesos históricos e interrogarlos filosóficamente. Ello presupone un contacto inmediato y verídico con esos sucesos. La filosofía de la historia nace del claro sentimiento poseído por todos de ser portadores de un destino, que de un modo u otro debemos resolver nosotros mismos; pues bien, nadie puede negar a la filosofía su derecho a investigar las diversas realidades y desde luego, la histórica. La forma de sus conceptos depende entonces del objeto de la pregunta dirigida por ella, a las cosas; el concepto filosófico-histórico abre a las cosas, en el aspecto referido por ellas, a nuestro destino. El historiador del arte o de la vida política, aspira a desaparecer él mismo del curso de la investigación, así lo quería Ranke, dando curso libre al auténtico desenvolvimiento o enlace de unos sucesos con otros; en la transformación de una arquitectura, o un sistema político, podrá seguir los hilos tan lejos como se pueda, pero buscando siempre influencias naturales, reveladoras por sí mismas, de una explicación de lo sucedido; el filósofo ante los elementos y leyes descubiertos por el especialista, debe remontarse no a las leyes supremas que explican el cambio histórico, lo que también ya lo dijo Ranke¹, es del dominio del historiador, sino a su referencia al destino y por tanto a la estructura interior del hombre.

El historiador de la filosofía persigue el desarrollo de los sistemas, las ideas, los problemas, etc. y su vigencia en determinados grupos o pueblos; analiza también el influjo ejercido por ellos en otros órdenes de cosas y el recíproco de estos órdenes en ellos. El filósofo de la historia, en cambio, mira la vigencia espontánea de ciertas realidades filosóficas y su valor dinámico, en medio de la vida histórica. No se pueden aceptar esas mezclas híbridas observadas en muchas interpretaciones filosóficas de la historia y en las cuales, al lado de conceptos filosóficos legítimos, se introducen otros pertenecientes a la historia concreta, casi siempre retorciéndola, ya que el filósofo no suele tener conocimientos adecuados para un avance de esta clase. El filósofo de la historia debe sumergirse en los sucesos y ver el tipo de realidad cobrado allí por sus conceptos filosóficos, básicos, qué fisonomía van tomando en el surgir espontáneo de la vida misma. Así, una prueba para la teoría

¹ "A mi me parece, que la historia, en el sentido perfecto de la palabra, puede y debe remontarse por caminos propios de la investigación y el examen de lo concreto hasta una concepción general de lo acaecido, hasta el conocimiento de su trabazón objetiva". Ranke. "Pueblos y Estados", pág. 518.

de la materia y la forma substancial de Aristóteles, es su escaso dinamismo en el modo como el hombre de los últimos siglos trata de sus instituciones políticas, económicas, culturales, etc. El concepto clásico de existencia, frente al de esencia, adquiere riqueza, cuando se le ve vivo y natural, en todas las exigencias puestas por el hombre moderno a la veracidad de las cosas, desde la filosofía y la ciencia hasta las ordenaciones estatales; él condiciona el subordinar todo, al supremo patrón de lo perceptible; lo mismo diríamos de las ideas de naturaleza, personalidad, relación, derecho natural, materia, espíritu, etc.; lejos de agregar un concepto vacío al conocimiento de la realidad concreta de la historia, la suponen y le dan algo diverso, su relación a nuestro destino íntimo², en última instancia lo decisivo para nosotros.

Troeltsch se mantiene en lo justo cuando dice que el filósofo de la historia: "presupone la investigación del detalle y permanece supeditado a ella; conoce su peculiar peligro de desviación en falsa generalización y habrá de ser muy modesto frente a la investigación del especialista", pero ello no le impide, a su juicio, el reelaborar en el sentido propio de su vocación, la materia elaborada en primera instancia por la ciencia histórica.

Afirma, en seguida, que todo conocimiento histórico tiende de algún modo a iluminar nuestro presente y por esa vía, a señalarnos ciertas posibilidades para el porvenir; nuestro destino no puede hacerse a partir de la nada, sino de la situación real en que nuestra naturaleza se encuentra: "Tampoco cuando manejamos el arte de la interpretación de series evolutivas, tan familiar al pensamiento moderno, obedecemos, en el fondo, a otra cosa que al afán de comprender nuestro presente dentro de una serie semejante; y cuando cedemos a la propensión, no menos habitual, de formar "leyes históricas" partiendo de esas series, también se halla en el fondo el deseo de ordenar lo particular del presente dentro de lo universal del curso total, para así comprender mejor el presente y el futuro.

"Resulta, pues, que la comprensión del presente es siempre la meta última de toda Historia; ésta representa la experiencia total de nuestra especie en la misma medida en que somos capaces de recordarla y relacionarla íntimamente con nuestra propia existencia"³.

En su estudio de la cultura moderna, nota la dificultad de caracterizarla positivamente, pues para ello sería preciso enfrentarla con la cultura que la suceda; el presente, dice Troeltsch, es en su fundamento un conjunto de posibilidades, de las cuales no sabemos cuál acabará por imponerse; su conocimiento a base del pasado, es por eso un conocimiento de conjeturas. Es claro que cuando del destino del hombre se trata, incluso tales conjeturas son indispensables y útiles.

La caracteriza, entonces, por su lucha contra la llamada cultura eclesiástica medieval y su "sustitución por ideas culturales autónomamente engendradas, cuya validez es consecuencia de su fuerza persuasiva, de su inmanente y directa capaci-

² "El espíritu no puede ser tocado con las manos ni contemplado con los ojos; hay que conocerlo por sus efectos y resultados". Ranke. *Pueblos y Estados*; pág. 512. Ed. Fondo de Cultura. México.

³ El protestantismo y el mundo moderno, págs. 10 y 11. Ed. Fondo de Cultura. México.

dad de impresionar". De esa autonomía en el pensar, de esa sustracción al influjo de la autoridad, derivan, a su juicio: el individualismo, el carácter científico-racionalista, el relativismo, la intramundandad en la orientación de la vida y el optimismo, cualidades centrales del modo de ser moderno europeo y americano.

La estimación de la ciencia vendría de la exigencia íntima a una super-autoridad capaz de contrapesar el individualismo absoluto, consecuencia de la pérdida de la autoridad universal de la Iglesia.

A los anteriores rasgos, añade otros pertenecientes "al dominio de las circunstancias y relaciones puramente reales y de los que es difícil decir en qué medida han determinado a ese espíritu o al revés". Incluye entre tales causas: los gigantescos estados militares, el desarrollo de la economía capitalista moderna, el despliegue de la técnica, el aumento enorme de las cifras de población, la presencia de un horizonte universal y el contacto con mundos variados no cristianos. "Todo esto se entreteteje con las transformaciones espirituales antes descritas en un nuevo todo que anida tareas y problemas completamente nuevos en comparación con los del viejo mundo de la cultura eclesiástica y en el que la vieja Iglesia, su concepción del mundo y su ética no poseen ya ningún cimiento firme, por mucho que el anhelo religioso inextirpable y la necesidad de anclamiento se acojan a los restos, todavía muy influyentes del viejo mundo eclesiástico".

Es interesante su respuesta a quienes ven en este nuevo mundo la progresiva muerte de una cultura antigua más vigorosa: "tenemos una plenitud imperiosa de nuevas formaciones y, en lugar de la impotencia que se refugia en la fantasía y en el escepticismo, un enorme dominio efectivo y siempre creciente de las cosas".

No se le escapa que la mayor parte de los caracteres descritos fueron engendrándose en la Baja Edad Media y en el Renacimiento; se sabe cuán difícil es fijar el origen de ciertas convicciones y cómo algunos remontan la época moderna a la época de San Francisco de Asís o a la racionalización escolástica hecha por Santo Tomás de Aquino.

El protestantismo, a su juicio, ha colaborado decisivamente a este mundo, primero de un modo negativo, pues al crear Iglesias confesionales diversas pretendientes todas a la verdad pura, las relativizó de hecho, permitiendo así al individuo libertarse y buscar la salvación a solas con su Dios; después, a partir del siglo XVIII, abandonando sus antiguos dogmas y ubicando la fe en Dios en el mero sentimiento humano; refuerza de esta manera, la autonomía y la libertad de la persona, fundamento de la cultura moderna. En tal camino, Troeltsch revaloriza la importancia de las sectas baptistas, de los espiritualistas místicos, de la teología humanista y por cierto de los calvinistas, a quienes, siguiendo a Max Weber, atribuye importancia en la génesis del capitalismo, la democracia y la autonomía de la conciencia.

Divididos los hombres en elegidos y réprobos y eliminado, por otra parte, ese término medio del purgatorio, dió el calvinismo un carácter más trágico y absoluto, al destino. Los predestinados al reino divino lo sabían por una clara certeza interior, se sentían libres y dominadores de la naturaleza, pero no dominados por ésta; así nació la ascética intramundana del trabajo por el trabajo, origen del alma capitalista; para el capitalista, el trabajo en sí, sin consideración a las cosas mismas, o a lo más en cuanto son fuente para nuevos trabajos, es la más alta forma de

vida. En la economía medieval, el trabajo era el medio de adquirir las cosas, en el mundo capitalista sucede al revés. Troeltsch recuerda cómo este espíritu ha influido incluso en los órdenes culturales puros; Lessing, citado a este respecto por tantos autores, suponía superior la investigación de la verdad a la verdad misma.

La idea de democracia también nace en principio del hecho, que cada hombre tiene abierto el camino para llegar directamente a lo divino y a la salvación, sin necesidad de instituciones mediadoras o intermediarias, cuyos depositarios en tal caso ocuparían un lugar jerárquicamente superior; de este último tipo, era, según él, la Iglesia Católica en el mundo medieval. Poco a poco desaparece el derecho divino de los reyes y el hombre moderno se siente depositario directo de ese derecho; por tanto, al elegir a sus representantes, que coordinarán los intereses del conjunto en las actividades terrenas, se siente haciendo uso de su mejor derecho.

Pero se da cuenta Troeltsch que el protestantismo ha contribuido sólo en parte, derivando lo más importante del espíritu de la Ilustración: "El racionalismo individualista, con su generación de la sociedad a partir de los intereses de los individuos, no es una creación del protestantismo, aunque de él, mejor dicho, del calvinismo y el espiritualismo, parten varios hilos en su dirección. Es una creación de la Ilustración y del espíritu racional, que parte de la igualdad de todos en capacidad racional y de la posibilidad de la construcción adecuada de la sociedad mediante la ciencia; en la libre visión científica pueden también aunarse todos. En este sentido son los pueblos latinos y católicos y no los protestantes y germánicos los que han sentido y construido la idea de sociedad, y la han construido basándose en razones y empleando medios que no hemos de examinar aquí"⁴.

Dentro de su punto de vista, poco claro para discernir la riqueza íntima con que la Iglesia Católica ha contribuido a formar, no diremos al hombre moderno, sino una conciencia más acabada del destino del hombre, merece destacarse la mesurada sobriedad de esta obra de Troeltsch; ella parece justa, además, en los caracteres atribuidos al mundo de su tiempo. Su división del protestantismo en dos épocas, una hasta el comienzo de la Ilustración en que aparece preocupado por los antiguos dogmas, prolongando en cierto sentido la cultura eclesiástica y la otra posterior, en que la preocupación dogmática desaparece en pro de "una fundación puramente subjetiva e íntima de la idea de la fe y, con ello, también para una posibilidad de plasmación individualmente diversa, no vinculada a ningún dogma oficial"⁵, es tal vez verdadera.

Sería altamente discutible, sin embargo, su idea de que tal avance sea un progreso religioso, pues, como ya lo dijo Dilthey, no es concebible un contacto religioso auténtico con la divinidad, sin una forma particular de conceptualizarlo; en el caso de la religión, estos conceptos forman los dogmas; es una ley humana, que sus experiencias en cualquier plano, alcanzan su intensidad mayor cuando son capaces de auto-delimitarse en un concepto, concepto de naturaleza diversa según la forma de la experiencia; una religiosidad sin dogmas es algo así como una ciencia natural sin leyes, entregada al polimorfismo cambiante de lo singular. El dogma es el modo cómo la experiencia religiosa viva, da a entender lejanamente la hon-

⁴ Troeltsch. Obra cit., pág. 103.

⁵ Troeltsch. El protestantismo..., págs. 129 y 131.

dura, de su visión; es claro que para quien no tiene la intuición religiosa, igual vale en sus terrenos respectivos para quienes carecen de intuición científica o artística, el dogma no suena a una liberadora manera de retener la experiencia de Dios, sino a vacuo conjunto de palabras.

Troeltsch deriva la autonomía de la personalidad de la caída de la Iglesia Católica; podría objetársele que esta autonomía nació en Italia y se propagó a los países de más raigambre católica, pero no, por la simple indiferencia ante la Iglesia, sino porque la Iglesia misma la había ido destacando como el valor más alto; la Iglesia ponía constantemente a las personas divinas y a la persona de Cristo, como atributos máximos de la esencia divina y de la esencia de Cristo; el que históricamente floreciera en lucha con la Iglesia del Renacimiento se debe a las desgraciadas condiciones en que el cuerpo de la Iglesia se desenvolvía en ese momento. El predominio de la ciencia y otras características señaladas del hombre moderno, podrían derivarse también del acentuado predominio de la existencia perceptible, sobre la esencia de las cosas, que se observa, como un estado de ánimo cada vez más dominante a partir de Duns Scoto. Esto condiciona el deseo de no contentarse con una gracia sobrenatural, garantizada por la Iglesia, sino exigir una fe salvadora claramente perceptible a la conciencia personal.

Sería fatigoso, en fin, entrar en polémica a propósito de un trabajo tan valioso; sólo es de esperar la pronta traducción a nuestro idioma de las otras obras de Troeltsch.

ARMANDO ROA